

# La invasión de los ultraniños

Lesley Nneka Arimah

Antes, cuando aún no entendían del todo a las personas, se podía distinguir un embarazo humano de uno alienígena a simple vista.

Cuando el número de vientres posthisterectomía aumentó exponencialmente de la noche a la mañana, o cuando todas las residentes de un geriátrico se quedaron embarazadas de repente, vaya usted a saber cómo y de qué, y hubo que llamar a los soldados.

¿Qué tu bebé nacía con cabeza de vaca? ¿Con catorce estómagos? Mmm, no huele bien. Deja de contar los cascos y llama a los malditos soldados.

No sabían cómo funcionaban nuestros cuerpos. Casi tenía gracia.

Pero aprendieron, claro.

La mujer se parece tanto a su foto del archivo que casi me sorprende. Sin esas arrugas de fatiga en torno a las comisuras de los labios que son como un par de corchetes, sin ojeras de agotamiento, sin ninguno de esos indicios de una vida real que las cámaras conspiran para ocultar. Aparte de la enorme tripa del embarazo, bien podría haber salido de la foto un instante antes para tomar asiento en la silla. No hay en ella ni el menor rastro de los cuatro últimos años; hasta las manos parecen finas y delicadas. Resulta poco probable, pues, que Olivia Schultz haya estado viviendo en la clandestinidad durante todo este tiempo.

—¿Seguro que no quiere que le traigan nada?

Sonríe con solícita amabilidad; a su espalda, el umbral de la puerta conforma un marco encantador. Hace unos años, puede que me lo hubiera

tragado, pero esa flor ya se ha marchitado. Me han dado puñetazos, patadas y bocados. Yo he dado puñetazos, patadas y bocados. Ahora me acompañan siempre dos guardias armados hasta los molares en todas las visitas. O más, si lo pido. Lo de que unos agentes de seguridad arrastren una madre embarazada al interior de una furgoneta de la agencia no es que dé muy buena imagen que digamos, pero después de lo de Miami, nadie se queja.

—Olivia Gladstone. Cuando desapareció, se llamaba Olivia Schultz. Imagino que tengo que felicitarla.

Me da las gracias y da una vuelta a un anillo más falso que un billete de cuatro dólares, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Mi marido llegará a casa en cualquier momento.

—Hábleme de él. ¿Cómo se llama? ¿Cuál es su número de identificación genética?

—John Gladstone. A654390-778.

Ya sé lo que voy a encontrar, pero introduzco el número igualmente en la tableta. Nos miramos mientras la máquina registra la base de datos en busca del A654390-778. Cuando aparece el resultado, tiene una bandera roja bien grande. Es más falso que el anillo. Le doy la vuelta a la tableta para que la vea.

—Tiene que haber un error en el archivo. No...

—Déjate de chorradas, Olivia. O me das un número genético de verdad o se te lleva la agencia. Las normas no han cambiado desde la vez que desapareciste. Cuatro años. Tus padres creen que te has unido a una secta.

Al ver que le tiembla la sonrisa, le aprieto los tornillos:

—Hay treinta y seis cadáveres en el Medio Oeste con tu misma descripción y sabemos que ninguno de ellos es el tuyo porque los han identificado tus padres. A todos.

Vuelve a sonreír, con mirada desafiante. Me entran ganas de zarandearla. Incluso de empezar con las patadas y los bocados. Es hora de cambiar de enfoque.

—Olivia, ¿sabes lo que te está pasado? Sabes que no llevas un bebé ahí dentro, ¿verdad? Seguro que entiendes el problema en el que te has metido. Ven a la agencia, hazte el análisis de sangre, y retiro los cargos. —No la

multa, pero de eso se enterará más tarde. Una no incuba una invasión alienígena y se va de rositas—. No tendrás que levantar un solo dedo. No estarás sola. ¿No estás cansada de hacer todo esto sola?

De no ser por el parpadeo de esa mirada fija, podría pensar que me encuentro ante una estatua de cera. Mientras espero a que se decida, le suplico con los ojos que nos lo ponga fácil a ambos y se entregue. Aunque la gente pueda pensar otra cosa, no es agradable inmovilizar a una embarazada para ponerle las esposas.

Olivia no se viene abajo y, al cabo de un minuto de sesenta años de duración, comienzo a decir algo, pero, en ese momento, algo me acaricia el oído —¿un sonido, una respiración?—, y se me ponen todos los pelos del cuello de punta. Los puntos comienzan a buscarse unos a otros, a conectarse, a irse de fiesta.

Olivia Schultz lleva años escondiéndose de la agencia. (Punto.) Ni un solo dron, cámara de seguridad o persona real la ha visto en todo este tiempo hasta que apareció en las imágenes de la cámara de una tienda cualquiera. (Punto.) Olivia Schultz está en edad de concebir, como lo estaba cuando desapareció. (Punto.) Olivia Schultz actúa como alguien que quiere que la encuentren. (Punto.) Y si está incubando... (con máximas reservas: Punto.) Es mucho suponer todo esto, pero me arriesgo.

—Olivia, ¿estamos solos?

Todo se viene abajo. Su sonrisa, la luz de sus ojos, hasta su postura cambia.

Vale. Bien.

—Olivia, voy a levantarme. Tú también. Vamos a ir hacia la puerta y luego nos vamos a marchar.

Algo que parece un tenue gimoteo suena en el pasillo, tras ella.

Me levanto lentamente y con desenvoltura.

—¿Olivia?

Ha empezado a llorar en silencio.

—Ven conmigo. No pasará nada, te lo prometo.

Sacude la cabeza. Susurra algo.

Sigo de espaldas a la puerta. Años de entrenamiento. No les des nunca la espalda. He visto demasiadas fotos de lo que pasa si lo haces.

—Olivia. Esto puede terminar ahora mismo. Por favor. Levántate y ven hacia mí.

Esta vez son dos los gimoteos. Uno de ella, carcomida por la indecisión. El otro de... Mi mano busca a tientas el pomo de la puerta. Desde la seguridad de la entrada, veo a Olivia, en los lindes de cuya expresión comienza a insinuarse un rictus. Y en el umbral, tras ella, una manita que asciende deslizándose por el arco. Sin nudillos ni uñas. Y sube y sube, más de lo que tendría que poder subir la mano de un niño con unas manos de ese tamaño.

Llamo a los soldados.

Cada vez se les da mejor hacernos. Para empezar, ahora se ciñen a mujeres en edad de concebir. Lo de los grupos de tíos que reaparecen misteriosamente siete meses después de haber desaparecido una noche de marcha ya es cosa del pasado. Pero incluso entonces, los especímenes tenían cosillas raras. Ya no cabezas de vaca, sino cosas como no tener articulaciones —estrellas de mar— o tener demasiadas —vaya usted a saber qué mierda—. Aún teníamos montones de neonatos con molares en las rodillas o uñas de los pies en lugar de ojos.

Entonces, hace dos años, en un hospital de Florida, un recién nacido abrió las fauces y se le comió media cara a la enfermera. Y, claro, pensabas, es Miami, así que puede pasar. Hasta que veías el vídeo. Hay una imagen de aquel primer vídeo que ha terminado siendo una especie de salvapantallas oficioso de la agencia. Justo después de que la mujer de la cámara le diga a su mujer que sonría, y justo después de que esta le diga a la enfermera que levante el niño para sus parientes, desperdigados por todo el país, puedan ver lo que son capaces de hacer las chicas de Tallahassee. En el mismo instante en que cambian las cosas. La dicotomía querubín-gremlin del rostro de un recién nacido, dividido en dos por un exceso de colmillos, con la boca tan abierta que la barbilla le tapa el ombligo.

La agencia llamó a todo el mundo. Ojo, incluso a los cafres del departamento de investigación que estaban entusiasmados por lo sucedido. Las posibilidades, repetían, las cosas que podrían aprender del espécimen alienígena vivo más desarrollado que hubiera caído nunca en sus manos, bla, bla, bla.

Cada día aparece algo en las noticias sobre dimensiones alternativas y delirios sobre construir portales para llegar hasta allí; y todo eso está muy bien, pero cuando descubran algo que sirva para viajar en el tiempo, voy a viajar de nuevo a aquella noche para cargarme a cada uno de los necrófagos que insiste en la bromita de «capturar a un espécimen con vida».

Las unidades de cuidados intensivos neonatales, las familias que están deseando conocer a sus nuevos miembros, los padres que comprueban sus buscas, las enfermeras que examinan a sus pacientes... Son estos los que pagan la broma.

Treinta minutos después de mi llamada, la casa Schultz está rodeada, y han evacuado la manzana entera. Me interrogan hasta que todo el que necesita saber lo que pasa sabe lo que yo sé. A nadie le gusta lo de la manita sin nudillos que ha subido más y más y más. Pero lo que menos les gusta es lo que susurró Olivia cuando le supliqué que se marchara: «No me lo permitiré».

Al poco, mi presencia se vuelve superflua, y todo el que manda un poco me mira para asegurarse de que soy consciente de ello, pero no pienso marcharme a ninguna parte. Si Olivia sale con vida de esta, soy su vehículo. Bueno, lo es la ambulancia de Ingresos, pero yo estoy al mando de ella. Saludo a los médicos, me preparo un café en la máquina y aparco mi trasero en la central. Igual querrían que me fuese, pero no pueden obligarme, así que eso. Aviso a mi marido de que no nos veremos hasta esta noche y me responde con el emoji del pulgar hacia arriba. Por mi parte, con el del alienígena le hago saber que la cosa va en serio, no es una noche de chicas ni que quiero tiempo para mí.

Tomo mi café y pego la oreja. ¿Asaltar la casa o no asaltar la casa? ¿Tratar de sacar a Olivia Schultz con vida? El negociador la llama, pero el teléfono solo suena y suena. Me gustaría darles mi opinión, pero he logrado hacerme invisible, con tal eficacia que no quiero recordar a nadie que sigo allí. Una de los necrófagos saca a colación las «razones científicas», pero nadie presta mucha atención a sus explicaciones para capturar con vida al «espécimen adulto». «Nadie ha visto nunca uno tan viejo. Cuatro años. Para los especímenes que conocemos, es un anciano. Básicamente, es el final de su ciclo». Me busca con la mirada, como para encontrar la solidaridad de otra civil. Sí, guapa, sí. Clavo la mía en la tableta, donde encuentro un puñado de mensajes de mi marido y otro de Teresa en el que me recuerda que lo que ha traído a la escena a la gente de Investigación es lo que quiera que se me haya escapado a mí.

La vicedirectora Teresa Haaki-Byrd —conocida también como «Zorrita Gatillo Fácil» por los necrófagos— tiene ese rollo tipo «mátalos a todos, salva al mundo» con el que, como persona, puedo sentirme más que identificada. Cuando el único intento que se ha realizado nunca de capturar con vida a un «espécimen vivo» terminó con media planta del hospital ocupada por bolsas llenas de cadáveres, la agencia adoptó una nueva política innegociable llamada «¿Qué tal si los freímos a tiros y listo?». Ninguna persona sensata que hubiera estado allí o hubiese visto las consecuencias puso la menor objeción. El informe final de lo de Miami incluye palabras como «masa» y «pulpa», que no deberían usarse nunca para describir restos humanos.

Accedo al portal de informantes y me salen más mensajes de los soplones, un mote que no deberían usar los agentes, pero es que uno de los analistas bautizó el programa como el «libro de los soplones» el día de su lanzamiento y así quedó. El informante de Olivia me envía mensajes como si supiera que estoy conectado.

**Soplón:** ¡Acabo de verte en las noticias! Estás en su casa, ¿a que sí? ¿Cuándo me van a \$\$\$ pagar?

No le digo lo que me gustaría porque quiero mantener mi racha ganadora de cinco meses sin reprimendas.

**Yo:** Cuando esté listo el papeleo de Ingresos, los fondos aparecerán en la cuenta que nos diste, en un plazo de 7 a 10 días laborables.

**Soplón:** Yo tenía razón, ¿a que sí? Está engendrando alienígenas.

Y ya dio a luz a uno hace unos años, sí, sí. Pero no pienso darle al tío la oportunidad de reclamar un centavo por encima de los quinientos pavos estándar. A ver, que sé que los informantes y los espías son una pieza necesaria del trabajo, pero luego se leen mazo de artículos sobre gente que ganan el doble que tú haciendo de soplones y, bueno, no es que te amargue, pero casi.

**Yo:** Si se confirma que se trata de un invasor, se pondrán en contacto contigo.

Es la misma cantinela del documento de preguntas frecuentes que ven todos en la web, lo cual debe ser muy fastidioso, pero que nadie diga que soy poco profesional.

Dejo la respuesta en pendiente y apago la tableta cuando suena el teléfono, el nuestro.

Responde el negociador. Es Olivia. No escucho lo que dice, pero la agudeza de su voz revela algo muy cercano al pánico. El negociador casi no puede meter baza. Novato...

Olivia Schultz se esfumó hace cuatro años. Sus padres denunciaron su desaparición, pero ya era mayor de edad y había vaciado su cuenta del banco. No había nadie sospechoso, y sus amigos creían recordar que había mencionado un viaje. Nada sospechoso. Un caso clásico de sectas.

Las mal llamadas «sectas del renacimiento» son lo que pasa cuando la gente deserta del Equipo Gente. No había tantas cuando solo se veían cabezas de vaca y lenguas con plumas, pero cuando empezaron a parecerse a nosotros, el personal perdió el norte. Tiene que haber algún pozo genético de baja autoestima que hace que los humanos tengamos que encontrar algo, lo que sea, cualquier cosa, para venerarlo. Ofrécenos un atisbo de una entidad inteligente más poderosa que nosotros y empezaremos a ofrecerle nuestros úteros como incubadoras. Estas sectas captan, lavan el cerebro o secuestran a mujeres en edad de concebir, aunque lo más probable es que

podieran sobrevivir solo con voluntarias. El hecho de que Olivia esté sola induce a pensar que la suya es una secta individual, lo que probablemente explique por qué ha conseguido esquivarnos hasta el momento. Una colmena no abandona a uno de sus miembros cuando queda tan poco para que den fruto sus esfuerzos.

El negociador chasquea los dedos para llamar la atención y mira alrededor hasta verme. Me tiende el teléfono y es como si fuese una linterna. Todos me miran.

—Quiere hablar contigo.

Dejo la inútil taza de café para coger el teléfono. La necrófago de Investigación tiene tantas ganas de decir algo que casi se le salen de dentro. No les basta con oírlos hablar, con las muestras de tejido ni con los cadáveres enteros. Quieren uno vivo.

—Aquí estoy, Olivia. ¿Qué necesitas?

Espero que el negociador esté tomando notas.

No se oye nada durante largo rato, y entonces suena algo que solo puedo describir como el crujido del papel de plata. Una voz tan chirriante y metálica como el papel de plata dice mi nombre. Lo repite porque no respondo —no puedo— y luego vuelve a repetirlo una vez tras otra como si creyese que es así como funcionan las conversaciones y pensara que debe insistir hasta que yo diga mi parte. Cuando al fin respondo, mi voz suena como si estuviera tratando de tragarme las palabras:

—¿Qué quieres?

Es la pregunta cuya respuesta buscan todos, de los biólogos evolucionarios a los expertos de las noticias: ¿qué quieren los alienígenas? Sabemos hasta dónde están dispuestos a llegar: se han pasado más de una década analizando el genoma humano para entendernos, para convertirse en nosotros.

Pero *¿por qué?*

Un revuelo junto a la puerta principal capta la atención de todos. Media docena de voces entonan a gritos diferentes versiones del «¡No disparen!». Una de ellas es la de Olivia. La veo allí, con las manos en alto, con aquella enorme tripa de embarazada. Ya no estamos ante una situación con rehenes.

«No me dejará ir», me dijo. Pero allí la tenemos. ¿Por qué? ¿Cómo?  
Entonces: un susurro, un sonido. ¿Un gemido?  
¿Llanto?  
Una risa.  
Se ríe.

Después de lo de Miami, la cosa se puso seria de verdad. Hay un vídeo viral no autorizado en el que algo que parece un bebé corre y brinca a cuatro patas por el pasillo de un hospital, ágil como un gato. Eran los tiempos en que la agencia tenía cincuenta empleados y un presupuesto que obligaba a contar hasta el papel higiénico. Cuando nos absorbió el ejército, empezamos a recibir financiación de verdad y papel del bueno, del suavcito con triple capa.

Nuestro personal básico está formado por solo trescientos cincuenta individuos entre Ingresos, Análisis e Investigación, pero ahora tenemos la potestad de movilizar a cualquier oficina del Gobierno para barrer bajo la alfombra cualquier cosa que no deba hacerse pública y meterle una bala en la cocorota al que sea necesario.

Empiezo a hiperventilar, y revolotean a mi alrededor los médicos de Ingresos para ofrecerme oxígeno, que aspiro a grandes bocanadas, y pastillas, que me trago. El nuevo se lo toma bastante bien, pero Mateo nunca me ha visto así, frenética e incapaz de articular palabra. Es la primera vez que siento la curiosidad que domina a los de Investigación, y el deseo de tener respuestas es tan fuerte que llego a plantearme que habría que dejar con vida a una de esas cosas. ¿Estaba jugando conmigo o hay alguna razón concreta por la que ha dicho mi nombre? Si tenemos que hacerle preguntas —«¡Es el primero que puede hablar!», dice el necrófago—, ¿cuál es el mejor modo de capturarlo? Entonces veo a Olivia en una camilla, con una manta sobre la tripa, con aquel llanto silencioso en la mirada mientras el chico nuevo le mira las pupilas. No ha apartado la mirada de mí un solo instante.

«No me dejará marchar».

Tardo unos minutos, pero, entre Olivia y lo que sea que me haya dado Mateo, acabo por tranquilizarme y vuelvo a estar en el Equipo Salvar al Mundo y Cargarse a Todos los Alienígenas sin que Quede ni Uno. Comienzo a elaborar una versión mental del informe, en la que condenso en notas mi ataque de pánico. No es nada fácil concentrarse mientras me imagino a esa cosa mirándome, pensando en mí, así que decido que ya está bien y me voy a casa. Sin objeciones —Investigación no cuenta—, cumplirán el protocolo: volar el edificio con bombas incendiarias y freír a tiros a cualquier cosa que intente salir de allí reptando.

Despierto pasado el mediodía y tengo dieciséis llamadas perdidas. Quince de ellas son de Teresa. La alarma tarda alrededor de un minuto en abrirse paso a través de la calma inducida por los medicamentos, tiempo en el que recuerdo que llegué a casa, que Nnamdi me ayudó a ducharme y que nos abrazamos en medio de mi agotamiento. Jesús. Me froto los ojos para que terminen de abrirse —más o menos—. Entre la llamada de Teresa y su saludo —por llamarlo algo—, consiguen hacerlo:

—¿Dónde coño está Olivia Schultz?

—¿Qué?... La tenían en Ingresos. Anoche...

—Ingresos no sabe dónde está. Y falta el informe...

—Pensaba enviarlo por la mañana.

—Solo tengo un escrito a medio hacer de los médicos porque están esperando tu autorización. La mañana terminó hace dos horas. ¿Dónde está mi informe y dónde está Olivia Schultz?

Mierda.

Mierda, mierda, mierda. Hurgo entre las notas que tomé antes de venirme abajo, buscando un resumen coherente que solo he escrito en sueños. Teresa me cuelga; no hace falta decir que la conversación continuará en persona. Me detengo bruscamente, atenazada por una palabra, y lo comprendo.

Investigación.

Los necrófagos tienen a Olivia.

Una cosa que tengo que reconocerles a los de Investigación —la única, ojo— es la prueba de identificación. Después de lo de Miami, los necrófagos cogieron sus nada vivos especímenes e hicieron lo que hacen los necrófagos: cortarlos en partes y luego trocearlas, rasparlas, segarlas con láseres, irradiarlas y centrifugarlas hasta descubrir una proteína que, dicho de manera sencilla, nunca podría existir en el proteoma humano. Y eso les permitió crear el llamado «análisis de la proteína alienígena», que ha hecho grandes cosas por la agencia. De la noche a la mañana pasamos de —y cito— «un puñado de cabrones que se dedican a acosar a bebés», a salvadores de la humanidad. —La cita es de mi madre. La pronunció en Acción de Gracias. Prefiero no hablar de ello—.

Empezó a entrar financiación a espuestas. Un par de los necrófagos compartieron un Premio Nobel. El director de la agencia hizo el recorrido por todas las grandes cadenas de noticias, protagonizó un segmento entero de 60 minutos, todito para él. Ahora, con solo pasar una simple muestra de sangre fetal por un sofisticado espectrómetro de masas, puedes saber si tu bebé va a intentar devorarte. Pusieron uno en cada hospital y en cada maternidad. Por fin teníamos un plan para detener la invasión.

Lo que no sabían todos esos locutores rendidos de admiración es que se podría haber resuelto lo de Miami en una fracción minúscula del mismo tiempo y con la mitad de las muertes si hubiéramos disparado en el mismo instante en que teníamos a la cosa esa en el punto de mira. Si el director, recién ascendido desde el departamento de Investigación —incluso después de haber visto la papilla que hasta hacía poco eran dos mujeres de Tallahassee—, no hubiera dado la orden de detenerse justo antes de que la criatura escapase a los conductos de ventilación.

—Está atrapada. Investigación ha desarrollado equipos especializados, y su marca térmica nos permitirá saber dónde se encuentra y lo que está haciendo. Vamos a esperar un minuto y veamos lo que hace.

Mentiras. Porque querían conseguir «uno vivo».

Así que eso, a Investigación que le den.

Teresa guarda un silencio de los que dan miedo cuando llego a su despacho. Mateo, que se está marchando en ese momento, no se atreve a mirarme a los ojos.

Como cabía esperar, Teresa me asa a fuego lento sobre las brasas, me da la vuelta y repite la operación con la otra mitad hasta que estoy hecha. No tengo ninguna defensa que me sirva de nada, y si la tuviera, me la guardaría. No puedo ni insinuar mis sospechas. Lo mío con Investigación es rencor. Lo de Teresa, una enemistad sangrienta. Solo necesita el menor atisbo de sospecha para desmontar sus instalaciones con las manos desnudas. Le ofrecieron el puesto de directora y lo rechazó para construir el departamento de Análisis desde los cimientos. La metodología, la formación, las bases de datos principales... Todo es obra suya. Así que sabe, con total exactitud, la cantidad de vidas que se habrían salvado en Miami si ella hubiera estado al mando.

Y, de hecho, lo está prácticamente, ahora que el director se dedica a vivir bajo los focos y en los platós. Pero siempre existe la posibilidad de que decida tomarse un momento de descanso, en medio de la lluvia de alabanzas que lo riega, para coger el teléfono y convertirse en un problema. Y lo cierto es que la agencia necesita a Teresa.

—El que se haya llevado a Olivia Schultz tenía el plan preparado de antemano. La furgoneta de Ingresos era falsa, y también el personal. Los documentos que mostraron a los médicos aparecían como auténticos en el escáner. Solo necesitaban que Ingresos cometiese un error. Y aquí te tenemos. ¿Cómo se te ocurre abandonar así la escena? ¿Acabas de intentar responder a una pregunta retórica? ¿Te crees que esto es una conversación?

Y tal y tal.

—Si vuelvo a ver que abres la boca, que sea para ofrecer una solución. Si no, a callar, coño.

Mentiría si dijese que no se me escapan unas lagrimitas de camino a mi despacho y un torrente de ellas después de cerrar la puerta.

Mi despacho muestra un sistema orgánico de organización de informes y documentos sueltos que un incauto podría definir como un «caos». La mayoría son publicaciones y panfletos sobre sectas, algunos de ellos tan antiguos o poco conocidos que ni siquiera están digitalizados. En Ingresos se nos anima a coger proyectos paralelos y mi proyecto paralelo consiste en un traslado a Análisis. Estoy harta de acosar bebés.

Añado un par de puntos a un mapa electrónico, una labor que siempre me sosiega. Trabajo en una teoría sobre la ubicación de las sectas, pero los datos no me han permitido encontrar aún patrones relevantes en el caso de las del renacimiento. Al poco tiempo, los mecanismos repetitivos de la cartografía afinan mis pensamientos. El único modo de devolver al camino recto mi más que jodida carrera es dar con Olivia Schultz. El presentimiento de que ha sido Investigación sigue siendo intenso, pero es que también me gustaría que fueran ellos, me gustaría tanto que no puedo fiarme de mis sospechas. Las sectas son audaces e ingeniosas, y algo como esto no es impensable para ellas.

¿Qué hago, vuelvo a la escena? ¿Interrogo a todos los que estuvieron allí anoche?

Suena mi tableta. Un mensaje interno de un analista amigo mío, lo bastante leal o idiota como para seguir enviándome sus datos.

**Ekert:** ¿Quieres ver algo interesante?

Agradezco que no me traten aún como a una apestada pero, aun así, tengo que ofrecerle la posibilidad de no hacerlo.

**Yo:** ¿Seguro que quieres hacerlo? Si hacen una auditoría, va a salir.

**Ekert:** ¿Eso es que sí? Cuando lo hayas visto, llámame.

Es una tabla en varias capas con una progresión de todas las incubaciones registradas en todo el mundo. Observo la versión en imágenes y es como hojear un cuaderno en el que alguien ha dibujado una llamita de dibujos animados en cada página. Los cambios son sutiles, pero, al cabo de ciento cincuenta fotogramas, los pelos de la nuca me empiezan a hacer esa cosa que hacen. No es lo mismo el conocimiento abstracto de que los invasores están aprendiendo, que la constatación visual de sus lentos pero

constantes avances. Sea lo que sea lo que quieren de nosotros, lo quieren con muuuuuuchas ganas.

Superpongo mi mapa de las sectas al de las incubaciones. Nada. Leo notas sobre minúsculos cambios anatómicos hasta que se me cansan los ojos. Es tarde y oigo cómo van y vienen algunos agentes, encargados sin duda de arreglar el desaguado provocado por mí. Pero puedo sentir el borde de ese estado de euforia del que hablan los analistas, en el que tu mente alcanza su estado de máxima plasticidad. Paso a los datos sobre las sectas del departamento de Análisis y no se parecen en nada a los míos.

Han incluido planos de todos los complejos sectarios que han asaltado, y solo tengo que ver un par de ellos para detectar un patrón. No hay tantas formas de organizar un espacio para vivir. Pero hay algo inquietante en los planos de las sectas de renacimiento que no consigo localizar... hasta que me doy cuenta de que colocan el elemento más vulnerable —las incubadoras— en la entrada al complejo. Con los cuidadores repartidos tras ellos, como los surcos de unos dedos desesperados arrastrados por la tierra.

Las luces de la oficina se atenúan con la inactividad. Pasa una hora entera sin que oiga un solo ruido de otro ser humano, mientras aísló los planos del renacimiento sobre una capa transparente. Le doy la vuelta, los pongo del revés. Los comparo con los planos del edificio de la agencia para calibrarlo con una referencia neutra. Luego con el plano del piso de Ingresos. El de Análisis.

Y por fin con el de Investigación.

Mierda.

Después de lo de Miami y de que el director se fuera a hacer su *tour* de la victoria por las cadenas del mundo, Teresa aisló Investigación por completo. Recibieron instalaciones propias y un presupuesto raquíutico. Hasta el último céntimo que llegaba a sus manos debía contar con la autorización de contabilidad, y la vicedirectora Teresa H-B debía autorizar cualquier proyecto de investigación. Para que recibiesen datos de los demás departamentos tenían que hacer auténticos malabares, mientras que todo lo

que descubrieran ellos estaba a nuestra entera disposición. ¿Se había pasado Teresa? Puede que un poco, pero lo cierto es que, si querían el beneficio de la duda con ella, les tocaba ganárselo. Debieron de sentirse aislados y perseguidos, gloriosos defensores de una misión que nadie más podía ver cómo era. No podríamos haberles hecho un regalo mejor a las sectas ni queriendo.

Saco una captura de pantalla de los planos superpuestos de las sectas del renacimiento y de Investigación y luego abro el listado con las fotos del personal hasta encontrar la de la necrófago de ayer. Envío por correo electrónico la imagen y una nota: «Rachel, tenemos que hablar».

El mapa de la secta está entero en vista aérea, pero imagino el tentáculo de edificios que serpentea detrás de la gran construcción de cristal que da la bienvenida a todos los visitantes. Si mi conclusión es cierta, Olivia Schultz se encuentra en este. En un recinto de renacimiento normal, podría haber ocho incubadoras, doce como máximo. ¿En unas instalaciones de este tamaño? Un porrollón.

«No quiero armas» parece, más que una postura de principios, una afirmación obsoleta cuando te enfrentas a la posibilidad de un enjambre de «especímenes vivos» dispuestos a devorarte de la cabeza a los pies. Me llevo dos táseres, el ilegal que me compró Nnamdi cuando empecé a correr otra vez, y el reglamentario. Me permitirán ganar algo de tiempo.

Vuelvo a llamar a mi marido, pero me sale el contestador.

—Te quiero, capullo. No me esperes despierto.

Rachel me franquea la entrada al edificio. Mi experiencia con las sectas me ha preparado para entradas decoradas con cordones umbilicales secos y manchas de sangre con forma de manos en las paredes, pero el lugar está tan esterilizado como cabría esperar en unas instalaciones de investigación de última generación. Pasamos por delante de un despacho abierto del que sale una voz que grita:

—¿La burra ha traído un arma?

Y Rachel responde, también a gritos, que cree que no.

Aquí es donde empiezo a ponerme nerviosa. Por esa forma despreocupada de hablar en mi presencia y por la audacia de llamarme burra (¡burra!) a la cara sin las típicas risillas de incomodidad cuando aflora, por accidente, un chiste privado. Como si ni siquiera se me pudiera considerar una persona.

Rachel me acompaña hasta su despacho y se apoya en la mesa con los brazos cruzados. A un lado hay una pared de cristal inteligente que impide ver la oficina de al lado. Es medianoche, y el edificio debería transmitir la sensación de estar vacío, pero no es así. Antes de que estalle lo que va a estallar, quiero respuestas.

—¿Dónde está Olivia Schultz?

Rachel pulsa un botón, y la pared de cristal cambia. Olivia está arrodillada sobre una cama de hospital medio reclinada, con los muslos separados. Le dan la vuelta, con los antebrazos apoyados en la pared. Está desnuda y empapada de sudor. Al verme, me saluda con la mano.

«No me dejará ir». Soy boba.

—Ingresos la interceptó antes de que pudiéramos llegar hasta ella, pero al final salió bien —dice Rachel.

La interceptó y metió la pata. Soy boba, joder.

—¿Y si nos la hubiéramos llevado?

—No lo habríais hecho.

—Pero ¿y si sí?

Guarda silencio. Ya ha respondido a la pregunta.

—¿Por qué yo? ¿Por qué pronunció mi nombre esa... esa... esa cosa?

—No habrías dejado que Mateo te inyectase de no haber estado acojonada. Así que te acojonamos.

¿Mateo? Puto Mateo...

Rachel se echa a reír. Ya no parece la rastrera y obsequiosa necrófaga que era junto a la casa de Schultz.

—Sí, también trabaja para nosotros. Controlamos una parte de Ingresos.

Me siento. Tengo que pensar. Olivia gruñe de dolor en medio de una contracción, y Rachel corta la comunicación como si quisiera ayudarme a hacerlo.

—¿Y Análisis?

Esos datos no pueden caer en manos de las sectas del renacimiento e Investigación. Son todas las estrategias con las que cuenta la humanidad.

—Pronto.

Las dos observamos la absurda pantomima de los mudos quejidos y la tensión de Olivia.

—¿Por qué? ¿Por qué los ayudáis?

—¿Ayudarlos? —responde Rachel con genuina decepción—. Aún no lo comprendes.

Lo intento, pero un zumbido interfiere. Intento pensar a pesar del ruido. Avances minúsculos hasta el paso siguiente, hasta lo de Miami, un espécimen que parecía humano hasta que dejó de parecerlo. Matamos a todos los que encontramos después de entonces. A cualquier precio. Una labor que nos facilitó... una máquina presente en todos los hospitales y todas las maternidades. Un análisis de sangre obligatorio en todo el mundo. Cuya necesidad predicaba por todas partes el director de una prestigiosa agencia.

Al principio, creo que estoy hiperventilando, pero el ruido de las respiraciones procede de la puerta del laboratorio en el que Rachel comprueba el estado de Olivia. Vuelve con un estetoscopio y me abre la camisa a la altura de la cintura. Apoya el metal frío sobre mi abdomen y escucha.

Al comprenderlo, me dan ganas de morir.

—¿Cuándo? —susurro.

—Piénsalo —susurra a su vez.

Me ofrece un gesto de amabilidad antes de salir.

—Procura asimilar lo que está pasando mientras aún recuerdas quién eres. Así será más fácil.

Como si le hiciera caso a los necrófagos alguna vez.

Mientras aún recuerdo quién soy, palpo el táser de Nnamdi. Me acerco a la puerta de la sala en la que Olivia se agarra al borde de la cama y gruñe, hace fuerza y gimotea.

Lo han estado intentando hasta comprendernos. Pero no han parado ahí. Hemos destruido a todos los especímenes que hemos encontrado durante dos años. Pienso, a pesar de la sensación de estar sumergida en melaza que me envuelve, a pesar del zumbido. Pienso. Analizo. No me lo permitirán. No hay nada que analizar. No tenemos datos anatómicos. No tenemos ni idea de lo que ha cambiado, de las «mejoras» que han hecho desde lo de Miami. Desde aquella criatura que saltaba a cuatro patas. No sabemos para qué se están preparando. Y como el zumbido de una alarma cuyo origen acabo de descubrir, esta repentina epifanía me hace volver en mí.

Nos están preparando para algo a lo que el cuerpo humano no sobrevivirá.